1898-1936: Lorca en el escenario histórico de España

Luis Enrique Esteban Barahona

La vida y la obra de Federico García Lorca es el resumen dramático de la historia española del primer tercio del siglo XX. Su evolución ideológica personal corre paralela con el devenir de España. Nace en el sector privilegiado de la sociedad y muere con la España que abraza las vanguardias sociales para quitarse el marchamo del arcaísmo secular. Entre medias unos cambios ideológicos y sociales impresionantes que marcaron a generaciones enteras. No se puede entender la obra y la muerte de Lorca, ni la guerra civil española sin conocer cómo la sociedad española avanza en las primeras tres décadas del presente siglo, y el hueco que se abre entre quienes la rigen y quienes son gobernados. Entre 1898 y 1936 hay una continuidad en la historia de España marcada en la conciencia de su gente.

Asistimos los españoles en los últimos meses, y durará todo el año próximo, a un amplio debate sobre el significado de 1898, su crisis histórica y la generación que toma su nombre, y el sentido de la Restauración borbónica, impulsada por Cánovas del Castillo –de cuyo asesinato se cumple el centenario en estas fechas. Volvemos a debatir, tras cien años, la crisis de una sociedad, las soluciones para superarla y el papel de nuestras clases dirigentes, cuyos fracasos políticos se vuelven públicos en 1898 y sangrientos en 1936.

Desde los años ochenta del pasado siglo, España vive una fuerte decadencia económica, personificada en la crisis agraria y pecuaria. Tras el traspaso de las últimas colonias –Cuba, Filipinas y Puerto Rico–, España se vuelve sobre sí misma y toda una generación –agrupada en torno a 1898– se dedica a devanarse los sesos para encontrar una explicación y una salida a toda la crisis que los acontecimientos ultramarinos hacen pública. 1898 es sólo la punta de lanza del fracaso del sistema político que había comenzado en 1874 –con el golpe del general Pavía– y, aún más lejos, la demostración palpable de la parálisis global de la revolución liberal burguesa, realizada sólo en beneficio de una clase. En España este cambio político fue protagonizado por la alianza de los tradicionales terratenientes agrarios con gran burguesía industrial. Marginan a la pequeña burguesía urbana y a las clases *subordinadas* –obreros y campesinos pobres. El intento de instaurar un régimen democrático parlamentario –la Primera República– fue abortado militarmente y en su lugar, se restauró en el trono al borbón Alfonso XII. Cánovas implantó una constitución democrática para beneficio de las clases privilegiadas, que no permitía el juego parlamentario. Una *ficción democrática* estalla en 1898.

Luis Enrique Esteban Barahona. Candidato a Doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Consejo de redacción de la revista *Añil. Cuadernos de Castilla la Mancha.* Colaborador semanal en *Diario 16.*

En este contexto de crisis nació y vivió los primeros años de su vida García Lorca. Pertenece a uno de los sectores privilegiados, la burguesía agraria, afectada por la crisis económica de fin de siglo:

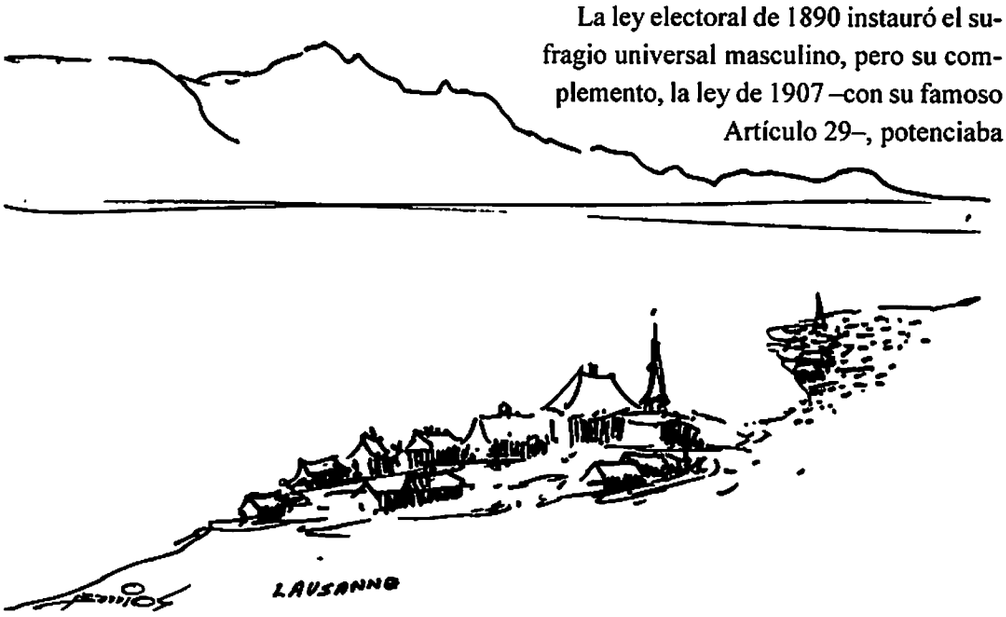
> Mi padre, agricultor, hombre rico, emprendedor, buen caballista. Mi madre, de fina familia. Mi familia hizo crac en el siglo pasado. Ahora resurge otra vez. (Federico García Lorca: *Obras*. Edición de Miguel García-Posada, Madrid, Ediciones Akal, 1994, Tomo VI, p. 492. En adelante citamos la página de este tomo.)

declara en 1928 a Giménez Caballero. Consciente de la superioridad de su clase en el momento de su nacimiento, aclara cuál era su meta social si no se hubiera cruzado la literatura en su camino: "ser un niño rico en el pueblo, un mandón", (p. 493) un cacique agrario. El derrumbe político nacional y el económico familiar se ideologiza y se encubre con el fracaso colonial, siendo nada más que una parte del mal estado nacional. Las islas perdidas se idealizan en la mentalidad popular. El recuerdo romántico de la lejana Cuba permanece durante generaciones y hace exclamar a Lorca al despedirse de su amigo cubano José María Chacón y Calvo, ya en 1923:

> ¡Lloran sobre el mar de Cuba
> enormes flores bermejas,
> sobre la isla perdida
> el aire amarillo tiembla! (p. 813)

La pérdida del imperio colonial, utilizado propagandísticamente con fines políticos, no es un tema baladí en la crisis finisecular. La generación de 1898 –no solamente literaria, sino toda una generación demográfica– pone en entredicho toda la labor realizada en el cuarto de siglo canovista. Todo lo existente es fruto de la España vieja, de la caduca política. En su crítica a la Restauración llegan a arrinconar el parlamentarismo por haber hecho del sistema democrático un juego sucio, marcado. En su lugar quieren contraponer el sentido profundo de España. Desean inventar una nueva nación, pero se quedan en su idealización. En su afán de encontrar un sustituto se acercan en su juventud a las ideologías de las clases bajas: socialismo marxista y anarquismo. Tampoco les sirven, son ideas demasiado comprometidas social y políticamente; no casan con su peculiar idea nacionalista, castiza y reaccionaria del ser –la intrahistoria unamuniana– de España. Es la crisis de impotencia de una pequeña burguesía arrinconada que no ve una salida para su deseo regeneracionista y se encierra en sí misma, dando la espalda a lo nuevo que nacía con fuerza. Carecen de un proyecto político coherente y su alternativa es una intelectualizada regeneración de España que no va más allá de las palabras: educación, mano de hierro, tradición...

La ley electoral de 1890 instauró el sufragio universal masculino, pero su complemento, la ley de 1907 –con su famoso Artículo 29–, potenciaba



el caciquismo. El viejo mundo de la Restauración tomaba sus precauciones frente a la evolución social del propio sistema. Entre 1898 y 1914 asistimos al derrumbamiento político de todo lo existente. Frente al mantenimiento de las últimas colonias africanas –herencia del pasado–, surge una fuerte oposición popular a la sangría humana producida por las guerras que culmina en la *Semana Trágica* de 1909. El movimiento obrero, callado y machacado durante años, se asienta en el PSOE y la UGT; se desarrolla y organiza el movimiento anarquista que crea la CNT. El alejamiento de las clases medias de la política da un giro sustancial y reclama un incipiente protagonismo unido a sectores obreristas en las alianzas republicano-socialistas. Este ciclo tiene su explosión intelectual en 1914, cuando surge la generación de Ortega y Gasset. La pequeña y mediana burguesía critica, con más fuerza que la generación del 98, la política restauracionista. Desmonta su ficción jurídica, su recurso al mantenimiento del orden público sobre cualquier otra razón, la corrupción organizada desde el poder, el turno de partidos y la supremacía de la incompetencia por encima de los intereses de la nación. Se plantea una participación política activa en cuatro puntos: europeización, racionalismo, cienticismo y reforma profunda del estado, sin preferencia por la forma de gobierno. Este último punto representa un cuestionamiento de la propia monarquía y llevará a sus integrantes hasta el republicanismo. La división nacional durante la primera guerra mundial entre aliadófilos y germanófilos es la muestra patente de politización de una generación y una nación que había sido apartada durante años de su propio destino. En la neutralidad española se debatía la participación política popular o el mantenimiento de la farsa gubernamental.

Estos posicionamientos ideológicos estaban acompañados por un fuerte desarrollo de las fuerzas productivas. Desde principios de siglo –superada la crisis finisecular– en la agricultura y la industria hay una modernización general y un aumento de la productividad. La España rural pierde terreno ante la España urbana. En la agricultura se mecaniza el campo, los cereales de alimento humano son sustituidos por la cebada y la avena para el ganado, los regadíos y los cultivos para la exportación empiezan a ser importantes en el producto total agrario, los nuevos cultivos (maíz, arroz, frutos...) y las plantas industriales se desarrollan incipientemente, la vid y el olivo ocupan nuevas superficies o reemplazan al trigo, la ganadería para consumo alimenticio sustituye al ganado lanar. Hay un aumento de las superficies agrarias, los rendimientos por hectárea y el producto global agrario. Todo un proceso de instalación del capitalismo en el campo que cambia las relaciones sociales entre patronos y jornaleros. El viejo proceso desamortizador empezaba a dar sus primeros frutos para la burguesía acaparadora de tierras. En el otro lado del espectro social, los pequeños agricultores y el campesinado sin tierra se organizan en sus propias asociaciones, católicas o revolucionarias.

Estas transformaciones agrarias no dejaron de sorprender al niño García Lorca:

> Fue por el año 1906. Mi tierra, tierra de agricultores, había sido siempre arada por los viejos arados de madera, que apenas arañaban la superficie. Y en aquel año, algunos labradores adquirieron los nuevos arados Bravant –el nombre me ha quedado para siempre en el recuerdo–, que habían sido premiados por su eficacia en la Exposición de París del año 1900. Yo, niño curioso, seguía por todo el campo al vigoroso arado de mi casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra, tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. (p. 637)

Su visión artística del campo español ya no podía ser la misma que la de sus antepasados, y sus dramas rurales expresarán esta diferencia respecto de los de Benavente, Marquina, los Álvarez Quintero y hasta los mismos hermanos Machado. Será una interpretación marcada por la modernidad económica.

La industria crece beneficiada por la repatriación de los capitales coloniales, por la absorción de los excedentes monetarios agrícolas y, más tarde, aprovecha la paralización de la producción europea como consecuencia de la Gran Guerra. Son los momentos en que se asienta un desarrollo generalizado en todos los sectores. La vía española hacia el capitalismo industrial se ve reforzada por elementos externos que hacen saltar por los aires el viejo proteccionismo; pero, a la vez, es incapaz de romper la alianza de clases con el viejo reaccionarismo agrario y supedita su ímpetu modernizador económico al mantenimiento del orden público y la marginación del incipiente movimiento obrero.

Esta contradicción entre modernización económica y persistencia de las viejas ideologías políticas y sociales conduce a la gran inestabilidad de los años 1915-1923. Además de los innumerables conflictos sociales menores (huelgas, motines, protestas...) se produce la gran quiebra de 1917 –parlamentaria, militar,

intelectual, social, plasmada en la primera huelga general española–, la contestación campesina reunida en las protestas conocidas como el trienio bolchevique, y el surgimiento del gangsterismo patronal y gubernamental para frenar el movimiento obrero industrial organizado. Termina este periodo con el golpe militar del general Primo de Rivera en septiembre de 1923, si no en connivencia con Alfonso XIII sí con su tolerancia personal. Con este golpe culmina la ficción democrática de la Restauración. Las clases privilegiadas recurren a su última baza, la fuerza militar, esta vez incruenta, y acaban con el sistema por ellas implantado para su beneficio. El régimen no iba más allá. Sus últimos ideólogos y políticos admiten, tarde, las soluciones regeneracionistas aportadas a principios de siglo por la generación del 98: nacionalismo, desarrollismo económico público, educación y la mano de hierro de Costa. La monarquía borbónica, que nunca había sido democrática ni parlamentaria, destruía de un golpe su sostén: la constitución de 1876.

Durante estos activos años, Lorca toma contacto con la sociedad. Abandona su mundo rural granadino, se traslada a Madrid, entra en la Residencia de Estudiantes. Su formación juvenil se acompasa con la España vieja que se niega a morir y la España nueva que irrumpe con fuerza, y a la cual no le sirven ni las recetas idealizadoras de la generación del 98 ni el acomodo de las reformas políticas desde dentro de la de 1914. La nueva sociedad, que florece activa durante la dictadura, será de ruptura total con lo anterior en todos los ámbitos: literario, científico, cultural, político y social. Sus ansias de derrumbe de lo anterior son tan intensas que, a diferencia de las dos generaciones anteriores, no se entretienen con la denuncia del sistema de la Restauración, quieren pasar a la acción y simplemente reducirlo a cenizas. El propio Lorca escribe a su familia, en 1920, sus impresiones sobre los políticos restauracionistas y lo que le gustaría hacer con ellos:

> Hoy vi [a] Romanones entrar en su palacio de la Castellana y me dieron ganas de tirarle una piedra. Es triste esta situación de España, patria hermosísima atormentada por unos cuantos idiotas y canallas. (p. 766)

La concreción de esta insatisfacción será la Segunda República. Supuso no un simple cambio de sistema político, sino el intento consciente de cambiar los protagonistas de la historia, de poner la dirección de España en manos de las jóvenes generaciones. Para Lorca el 14 de abril de 1931 caen hechos añicos los tiempos de sus padres. Mientras éstos lloran, los hijos saludan con alborozo lo nuevo:

> Era apenas caído el rey. Los campesinos de Granada incendiaron el Casino aristocrático. A la voz de alarma, fue toda Granada. Mi padre, mi hermano Paco y yo estábamos entre la multitud. Las llamas se llevaban todo aquello y mi hermano y yo mirábamos sin inquietud, casi con alegría, porque envuelto en aquellas llamas se iba algo que detestábamos. Mi padre dijo de pronto:
>
> –¡Qué lástima!...
>
> Yo comprendí que lamentaba ver destruido aquel sitio que fue su refugio habitual de muchos años. Mi hermano y yo cambiamos una mirada. No sé cuál de los dos decía:
>
> –¡Me alegro!... Es encantador mi padre... (p. 573)

declara, en 1933, en una entrevista.

La generación literaria de 1927 abrazará con entusiasmo todas las vanguardias artísticas mundiales. La generación juvenil social de estos mismos años toma partido por la democracia, el republicanismo y simpatizará con el movimiento obrero socialista o anarquista. Ellos, clase media, olvidarán su origen social y se desclasarán y aliarán con los parias de la tierra. Creen profundamente en la existencia de otra España. La pasada (la de la Restauración) o la actual (la de la dictadura de Primo de Rivera) está caduca; vuelven sus ojos hacia el pueblo, hacia los marginados. No como la generación del 98,

para encontrar las esencias de España, ni siquiera como la de 1914 para redimirla a través de la ciencia; buscarán lo popular para entregarse a su servicio. Su admiración por Góngora no es solamente estilística; quieren romper con lo anterior, inventar otra España. Es la poesía una opción política. Si el poeta conceptualista recurrirá al idioma para encontrar otra España lejana de la sórdida de su tiempo, los poetas del 27 intentarán crear otra España a partir de lo popular, de lo tradicional, pero en movimiento. En una conferencia sobre Góngora, en la Residencia de Estudiantes, Lorca analiza cuál es el espíritu profundo del poeta cordobés, pero también sus gustos personales y el sentido profundo de su propia obra. Es una declaración de principios:

> Vio el idioma castellano lleno de cojeras y de claros, y con su instinto estético fragante empezó a construir una nueva torre de gemas y piedras inventadas, que irritó el orgullo de los castellanos en sus palacios de adobe[...] Mientras que todos piden pan, él pide la piedra preciosa de cada día. Sin sentido de la realidad real, pero dueño absoluto de su realidad poética. (p. 1233)

Representa su alternativa personal y la de sus compañeros de generación. No llegan para dirigir al pueblo, sino para ponerse a su lado y ser su altavoz. Años después, cuando los campos españoles se llenen de sangre, esta generación tomará en su mayoría una postura republicana; mientras las dos generaciones anteriores toman partido por Franco o se instalan en la comodidad de la apatía o la venda en los ojos, salvo Antonio Machado y Valle-Inclán.

Esta opción de servicio a las clases populares es muy significativa en García Lorca. No se implica en una militancia activa partidista, pero desde siempre, desde sus años jóvenes, sabe cuál es su papel de artista e intelectual. En 1936 responde a Bagaría:

> –A tu pregunta, grande y tierno Bagaría, tengo que decir que este concepto del arte por el arte es una cosa que sería si no fuera, afortunadamente, cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esta zarangaja del arte puro, arte por el arte mismo.
>
> En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas. (p. 735)

Es cierto, como señalan algunos autores, que la generación literaria de 1927 no toma, durante los años de la dictadura primorriverista, una opción política de enfrentamiento activo. Otros la tomarán en su lugar, también pertenecientes a su generación y clase: los estudiantes universitarios en sus constantes enfrentamientos con la dictadura. Los poetas del 27 centran su acción política en labrarse un prestigio intelectual y artístico, y para ello no recurren a lo establecido, a imitar lo existente, sino que adoptan una postura vanguardista en sus obras. Ahondando más, los temas de sus obras, y en el caso de Lorca es paradigmático, cantan a los sectores más marginados de la sociedad. La obra lorquiana anterior a la República es un canto continuo a los desheredados del orden establecido: los gitanos (*Romancero gitano*), los negros, judíos y homosexuales (*Poeta en Nueva York*), las mujeres (*Mariana Pineda*). Si a ello unimos su recurso a las fuentes de la tradición popular para su inspiración, encontramos un Lorca no activista político, pero sí intelectualmente comprometido. Tanto es así que sufre las consecuencias de la censura dictatorial sobre su teatro. El retraso del estreno de *Mariana Pineda* lo lleva a escribir a su familia, en 1924, pese a su opinión del apoliticismo de la obra, que no deja de ser por motivos políticos, debido al canto a la libertad que encarna la protagonista:

> Parece ser que el Directorio[...] no la deja poner[...] Desde luego, ponerla inmediatamente es imposible y vosotros lo comprenderéis, pues aunque la dejaran poner en escena, en el teatro se armaría un cisco y lo cerrarían[...] el éxito de la obra, me he convencido de que no es ni debe, como quisiera don Fernando [de los Ríos], ser político, pues es una obra de arte puro, una tragedia hecha por mí, como sabéis, sin interés político y yo quiero que su éxito sea un éxito poético –¡y lo será!–, se represente cuando se represente. (p. 844)

Un último punto de contacto de la obra artística de García Lorca con la situación política de su tiempo es su actitud frente al capitalismo, del cual ve sus fauces más feroces durante su estancia en Nueva York y la crisis económica de 1929. En su conferencia recital de *Poeta en Nueva York* retrata a la perfección el mundo frío del capitalismo y su opción ante él:

> Lo impresionante por frío y cruel es Wall Street[...] En ningún sitio del mundo se siente como allí la ausencia total de espíritu: manadas de hombres que no pueden pasar del tres y manadas de hombres que no pueden pasar del seis, desprecio de la ciencia pura y valor demoníaco del presente. Y lo terrible es que toda la multitud que lo llena cree que el mundo será siempre igual, y que su deber consiste en mover aquella gran máquina día y noche y siempre [...] Y yo [...] sentía como un ansia divina de bombardear todo aquel desfiladero de sombra por donde las ambulancias se llevaban a los suicidas con las manos llenas de anillos. (p. 348)

Éstas eran las ideas dominantes en España tras la caída de Primo de Rivera en 1929. Los intentos de recomponer la farsa monárquica caen en la indiferencia popular. Nadie cree que los mismos políticos que gobernaron el país durante más de medio siglo puedan tener la fuerza e ideas para salvar el régimen. Pronto esta vía se ve intransitable y el cambio de sistema político deviene la única alternativa posible. Las elecciones municipales de abril de 1931 son sólo la excusa para realizar este traspaso de una manera legal. Antes el rey y todo lo que representaba había sido destronado por la fuerza popular.

La proclamación de la República es recibida con alborozo. Por fin, creen, se podrá realizar en España la revolución burguesa y democrática; pero los tiempos han cambiado mucho y la pequeña burguesía que toma el poder en sustitución de la maquinaria monárquica no es capaz de asimilar todas las contradicciones que estallan en el país. Los campesinos pequeños y sin tierras exigen una reforma agraria, los obreros industriales quieren mejoras salariales y de sus condiciones de vida, las nacionalidades históricas reclaman mayor autonomía, hay que modernizar la educación y ponerla al servicio del pueblo, y enfrentarse con otros muchos problemas: sanidad, desempleo, retiro obrero, militares, separación Iglesia-Estado, etcétera. En pocas palabras, hay que secularizar el país y democratizarlo. Todos estos problemas no parecían graves ante el entusiasmo popular. Ni la crisis económica de 1929 ni la permanencia del conservadurismo secular parecían suficientes para atajar las ansias de reformas. Estudiantes e intelectuales desde su posición de privilegio se pusieron al servicio del pueblo; se extendió la alfabetización y la cultura tradicional y moderna recorrió los caminos profundos de la España rural. Miles de iniciativas surgieron con más o menos éxito, pero todas encaminadas a transformar radicalmente el país. Entre 1931 y 1933 parecía que España se pondría al nivel político y social de los países de su entorno. Fueron años en que, por encima del matiz político, la colaboración republicano-socialista de las clases medias y obreras fue un hecho positivo.

En noviembre de 1933 las derechas ganan las elecciones. Las clases privilegiadas, acogidas tras la accidentalidad de la forma de gobierno, desean volver a recuperar sus antiguos beneficios e inician una fuerte contrarreforma de la labor realizada durante el primer bienio republicano. Es en los años 1934 y 1935 cuando la sociedad española se radicaliza, principalmente jóvenes e intelectuales. Todos toman partido y en su mayoría se afilian a unas determinadas siglas, no lejanas de ambos extremos del espectro político: fascistas, comunistas o anarquistas. La huelga campesina de junio de 1934 y la revolución de octubre del mismo año son la respuesta popular a las medidas de la derecha. La represión desencadenada a partir de ambos procesos ayuda a llenar de odio campos y ciudades. Las elecciones del Frente Popular (febrero de 1936) vienen a consagrar la división por la mitad de la sociedad española, regida por un gobierno progresista que lucha por imponer medidas modernizadoras.

Con la perspectiva del tiempo, el intento modernizador abortado de la Segunda República se muestra como un respiro tomado por las clases privilegiadas para reponer su desgaste tras medio siglo de detentar el poder, y unir sus divisiones internas. En 1931, los monárquicos, la Iglesia y el Ejército traspasaron el poder pacíficamente porque no tenían otra alternativa. No contaban con ningún apoyo popular ni con un ejército unido ni con un monarca respetado ni una iglesia influyente socialmente. El intento de recuperar el poder por medios democráticos

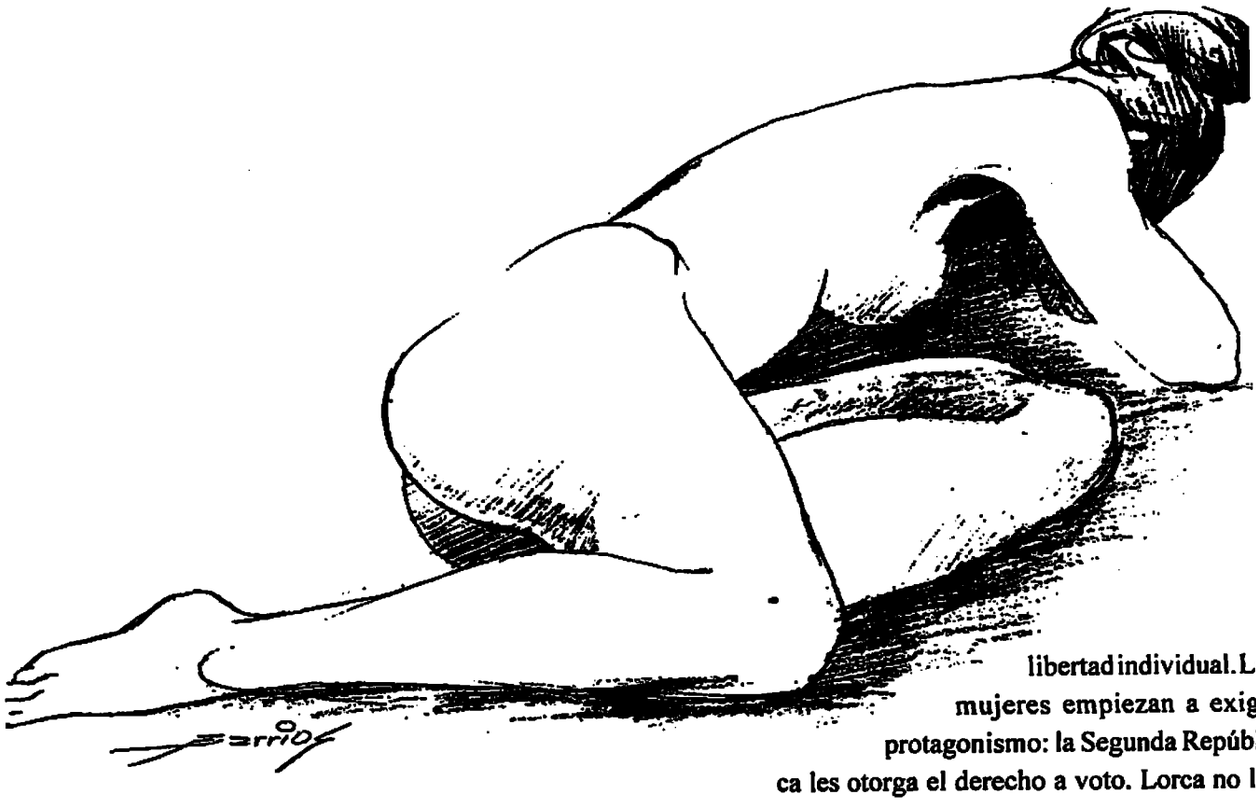
(1933), tras el revés de febrero de 1936, no les dejó otra vía que recurrir al típico golpe de estado militar; creían que se iba a repetir la historia. Ante la perspectiva de pérdida de poder no les importó la destrucción de todo lo conseguido en los años anteriores, ni cultural ni económicamente. Pero la evolución de la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX fue enorme y no estaba dispuesta a tolerar el retorno de lo viejo. Los años republicanos les dieron el convencimiento de que era posible cambiar las cosas.

El golpe fracasado de julio de 1936 se transformó en una guerra civil porque las clases subordinadas, aliados a amplios sectores de las clases medias, no estaban dispuestas a consentir una nueva asonada como la de Primo de Rivera ni menos como la que puso fin a la Primera República. El sector progresista y modernizador de la sociedad se encontró con ideología y fuerzas para no permitir el retorno simple de los sectores pudientes. Pensaban que no podían de nuevo perder el tren de la historia.

En este escenario conflictivo vivió los años más intensos de su vida Federico García Lorca. Durante ellos se entregó en cuerpo y alma a la labor divulgadora de la República. Toma una actitud decidida por los nuevos tiempos y por las clases populares. De ellas recibe su fuerza e inspiración. Escribe con orgullo a su familia, en octubre de 1935, después de una lectura poética a los obreros barceloneses:

> Fue una cosa emocionante el recogimiento de los obreros; el entusiasmo, la buena fe y el cariño enorme que me demostraron. Fue una cosa tan verdadera este contacto mío con el pueblo auténtico que me emocioné hasta el punto que me costo mucho trabajo empezar a hablar, pues tenía un nudo en la garganta. Con una intuición magnífica subrayaron los poemas, pero cuando leí el "Romance de la Guardia Civil" se puso de pie todo el teatro gritando "¡Viva el poeta del pueblo!". (p. 1156)

La Barraca es su colaboración personal a la labor cultural republicana. También son los años durante los que realizó la parte más interesante e importante de su obra. A través de ella podemos observar su implicación política y social. Su poesía y su teatro se transforman radicalmente al compás de los sucesos. Su dedicación primordial por el teatro, aparte de que le diera fama y dinero, hay que entenderla como un intento por llegar a mayor número de personas que con la poesía. Los temas se centran en el mundo rural y la modernización surrealista, pero tratados desde nuevos puntos de vista. Los dramas rurales no se conformarán con ser un reflejo e impotencia de un mundo cerrado, sino que en ellos encontrará una visión del cambio. Tras su poesía y tradición se encuentra una ruptura con el pasado. Los amantes de *Bodas de sangre* huyen de un mundo que los anula y, para realizarse, no les importa ir a buscar la muerte. *Yerma* no es la mujer estéril conformista, quiere ser fecundada, como deseaba Lorca que fueran los campos de España. En *La casa de Bernarda Alba* encontramos una descripción admirable del patriarcado tradicional agrario, en este caso representado por una mujer para mayor efecto dramático, donde ya las hijas



no se conformarán con soportar el cruel dominio familiar y social; romperán las barreras sociales y sexuales y encontrarán una nueva vida, justo como los caminos que transitaba España, que intenta romper las ataduras del caciquismo. Estas obras ya no serán melodramas, sino auténticas tragedias donde se retrata la auténtica situación de los campesinos españoles.

Las ciudades y la industria se adelantaban al campo. La obra de Lorca no podía ser insensible a estas permutaciones. Su *teatro imposible* refleja esta situación. Son obras urbanas y dirigidas a públicos urbanos; quieren romper con las limitaciones impuestas por la tramoya teatral y combinar el viejo arte escénico con las nuevas técnicas cinematográficas. Es la misma situación que deseaban transformar los políticos republicanos, mezclar las viejas tradiciones populares y sus anhelos seculares con la modernización económica y política.

Pero la República no fue sólo política y conflictividad social, fue también la época de culminación de los años veinte en cuanto a libertad individual. Las mujeres empiezan a exigir protagonismo: la Segunda República les otorga el derecho a voto. Lorca no las hace protagonistas como un simple recurso teatral, sino que se pone acorde con los nuevos tiempos. En cuanto a su propio yo personal, no deja de verse representado en su obra, y su libertad personal lo lleva a componer los *Sonetos del amor oscuro* de contenido homosexual y erótico.

Hemos querido, en estas páginas, hacer un recorrido paralelo entre la vida y la obra de García Lorca y el transitar histórico del pueblo español; uno y otro se influyen y entremezclan en sus anhelos y esperanzas. Como el poeta dice:

> Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. (p. 737)

Este compromiso consigo y con los españoles lo llevó a ser asesinado en agosto de 1936 y a muchos españoles a morir en una cruel guerra incivil o tener que dejar su tierra durante cuarenta años o para siempre. Δ